

UNA GENEALOGIA DEL ANTIAMERICANISMO*

James W. Ceaser**

Traducción de Gladys Portuondo.

Resumen

Según el autor, el antiamericanismo descansa en la idea singular de que algo asociado con los Estados Unidos, algo en el propio corazón de la vida americana, resulta profundamente equivocado y amenazante para el resto del mundo. El artículo penetra en las fuentes históricas de tal idea convertida de algún modo en “paradigma” de la cultura occidental (abarcando no sólo a Europa, sino también a todas las Américas) desde el siglo XX, y muestra su vínculo con la filosofía europea a partir de la Ilustración, así como con la teoría racista y el eurocentrismo de algunos filósofos europeos (Nietzsche y Heidegger, especialmente). El propósito del artículo es develar las peligrosas consecuencias de esta idea que en la actualidad vienen manifestándose, sin que se adviertan claramente sus orígenes.

Palabras clave: Antiamericanismo. Racismo. Tecnología. Modernidad. Cultura Occidental.

A GENEALOGY OF ANTI-AMERICANISM

Abstract (According to the translator)

According to the author, anti-Americanism rests on the singular idea that something associated with the United States, something at the core of American life, is deeply wrong and threatening to the rest of the world. The paper approaches to the historical sources of such idea, which has been changed into a west culture’s “paradigm”, in some way (embracing not only Europe, but all the Americas too)

* Véase en: Revista en Internet *The Public Interest* . Sección “Truth Victorious”. En: http://www.travelbrochuregraphics.com/extra/a_genealogy_of_antiamericanism. Traducción del inglés realizada por: Gladys L. Portuondo Pajón.

** James W. Ceaser es profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Virginia, donde ha ejercido la docencia desde 1976. Ha escrito algunas obras sobre política americana y pensamiento político, incluyendo *Liberal Democracy and Political Science*, *Reconstructing America*, *Nature and History in American Political Development*, *Reforming the Reforms*, *The Perfect Tie: The true Story of the 2000 Presidential Election* y en coautoría con Andrew E. Busch y John J. Pitney, Jr., *Epic Journey: The 2008 Elections and American Politics*. ceaser@virginia.edu

since the 20th. century. The paper shows the relation between this idea and the typical eurocentrism of some european philosophers (Nietzsche and Heidegger). The target is to clear the development of this idea and its dangerous consequences at the present time.

Key Words: Anti-Americanism. Racism. Technology. Modernity. West culture.

El ascenso de Estados Unidos hacia la posición de primera potencia mundial, a la vez que suscita mucha admiración, también ha provocado difusos sentimientos de sorpresa y hostilidad. En un libro reciente y ampliamente discutido sobre América, *Après L'Empire*, acreditado por muchos de quienes influyen en la posición del gobierno francés respecto a la guerra en Irak, Emmanuel Todd escribe: “Una sola amenaza a la estabilidad global pesa hoy sobre el mundo: América, que se ha convertido de protector en depredador”. Una desconfianza similar respecto a las motivaciones de América se puso claramente en evidencia en la cobertura de la guerra por parte de los medios europeos. Haber seguido las noticias de la guerra en la televisión y en los periódicos en Europa significó haber atestiguado un evento diferente del que fue visto por la mayoría de los americanos. Durante algunos pocos días antes del ataque de América sobre Bagdad los comentaristas europeos mostraron un júbilo apenas disimulado —casi lo que los alemanes llaman *schadenfreude*— ante la perspectiva de que las fuerzas americanas se vieran empujadas en un compromiso largo y difícil. Max Gallo, en la revista semanal *Le Point*, dibujó la típica conclusión acerca de la arrogancia y la ignorancia americanas: “Los americanos, arrastrados por la *hybris* de su poder militar, parecían haber olvidado que no todo puede manejarse mediante la fuerza de las armas... que la gente tiene una historia, una religión, un país”.

El tiempo dirá, por supuesto, si Gallo estuvo cerca de lo correcto en sus dudas sobre la política de Estados Unidos. Pero la prisa con que él llegó a tales conclusiones arrasadoras le conduce a uno a sospechar que éstas se apoyaron más bien en una opinión pre-establecida sobre América que sobre un análisis cercano a la situación. En vez de eso, dichas conclusiones expresaban una de las formas de pensamiento más poderosas en el mundo de hoy: el antiamericanismo. De acuerdo al analista francés Jean Francois Revel, “Si usted suprime el antiamericanismo, nada queda hoy del pensamiento político francés ni en la izquierda ni en la derecha”. Revel podría haber dicho exactamente la misma cosa sobre el pensamiento político alemán o sobre el de casi cualquier otro país de Europa Occidental, donde el antiamericanismo reina como lenguaje común de la clase intelectual.

La América simbólica

El antiamericanismo reposa sobre la idea singular de que algo asociado con los Estados Unidos, algo en el corazón de la vida americana, está profundamente equivocado y resulta amenazante para el resto del mundo. Esta idea ciertamente no es nueva. Más de medio siglo antes, el novelista Henry de Montherland puso la siguiente expresión en boca de uno de sus personajes (un periodista): “Una nación que procura reducir la inteligencia, la moralidad, la calidad humana sobre casi toda la superficie de la tierra, tal cosa nunca antes ha sido vista en la existencia del planeta. Yo acuso a los Estados Unidos de ser un estado de crimen permanente contra la humanidad”. América, desde este punto de vista, es un símbolo de todo lo que es grotesco, obsceno, monstruoso, embrutecedor, atrofiado, nivelador, aniquilante, desarraigante, deformante y carente de origen.

Es tentador llamar al antiamericanismo un estereotipo o un prejuicio, pero éste es mucho más que eso. Un prejuicio, al menos uno ordinario, es usualmente un atajo con alguna base en la experiencia que la gente utiliza para usurpar las complejidades de la realidad. Aunque resultan a menudo altamente erróneos, los prejuicios tienen el mérito de que proporcionan a aquéllos que los sostienen la posibilidad de revisar sus opiniones cuando son confrontadas con hechos que las contradicen. El antiamericanismo, si bien posee algunos elementos de prejuicio, ha sido mayormente una creación del “alto” pensamiento y de la filosofía. Algunas de las más grandes mentes europeas de los dos siglos pasados han contribuido a su realización. El concepto de América fue construido de tal modo que fuese casi impenetrable a la refutación por medio de los meros hechos. El interés de estos pensadores no siempre estaba en correspondencia con el de un país real o un pueblo real, sino a menudo más bien con las ideas generales de la modernidad para la cual “América” se convirtió en nombre o símbolo. A pesar de ello, muchos de quienes jugaron una parte importante en el descubrimiento de esta América simbólica nunca visitaron los Estados Unidos o mostraron mucho interés en sus reales condiciones sociales y políticas. La identificación de América con una idea general o concepto ha ido tan lejos como para haber generado palabras nuevas que en nuestros días son tratadas como categorías habituales del pensamiento, tales como “americanización” o “americanismo”. (En contraste, nadie habla de venezolanización o nuevozelandismo). Hoy, por ejemplo, la americanización es casi el sinónimo perfecto para el concepto general de “globalización”, diferenciándose sólo por tener un cariz levemente más siniestro.

Si bien el antiamericanismo es una creación del pensamiento europeo, sería un error suponer que éste ha permanecido confinado en el lugar en que fue creado. Por el contrario, el antiamericanismo se ha extendido en exceso, más allá del siglo pasado, por todo el globo, ayudando, por ejemplo, a moldear la opinión en Japón en los preludios de la Segunda Guerra Mundial, donde una elite numerosa había estudiado la filosofía alemana: así como influye hoy en el pensamiento de los países latinoamericanos y africanos, donde la filosofía francesa tiene mucho peso. Su influencia ha sido considerable también dentro del mundo árabe. Información reciente sobre los orígenes intelectuales de los movimientos radicales islámicos contemporáneos han demostrado que sus opiniones acerca de Occidente y de América de ningún modo derivan exclusivamente de fuentes propias, sino que han sido ampliamente inducidas a partir de diversas corrientes de la filosofía occidental. El pensamiento occidental es al menos parcialmente responsable de las innumerables fatwas y las incontables jihads que han sido declaradas contra Occidente. Lo que ha sido atribuido a un “choque de civilizaciones” algunas veces no ha sido más que una faceta de un sanguinario combate intelectual, dirigido con la ayuda de fuerzas mercenarias reclutadas desde otras culturas. Es vitalmente importante que comprendamos el complejo linaje intelectual detrás del antiamericanismo. Nuestro objetivo debería ser contrarrestar el daño que éste ha forjado, sin que esto sea una excusa para proteger a este país de toda crítica.

Degeneración y monstruosidad

Desarrollado durante un periodo de más de dos siglos por los más diversos pensadores, el concepto de América ha involucrado al menos cinco capas o estratos principales, cada uno de los cuales ha influido a aquéllos que los suceden. La cepa inicial, basada en el pensamiento científico de mediados del siglo dieciocho, es conocida como la “tesis de la degeneración”. Ésta puede ser concebida como un tipo de prehistoria del antiamericanismo, en tanto que mayormente tuvo lugar antes de la fundación de Estados Unidos y estuvo referida no sólo a este país, sino a todo el Nuevo Mundo. La tesis sostenía que, principalmente debido a las condiciones atmosféricas, en particular a la humedad excesiva, todas las cosas vivientes en las Américas eran no sólo inferiores a aquéllas encontradas en Europa, sino que también estaban en una condición de declinación. Un excelente resumen de esta posición aparece, de forma absolutamente inesperada, en *The Federalist Papers*. En medio de una discusión política, Publius (Alexander Hamilton) repentinamente interrumpe con el comentario: “Los hombres admirados como profundos filósofos aseveran gravemente que todos los animales, y con ellos la especie humana,

degeneran en América –y que aún los perros dejan de ladrar después de haber respirado un poco de nuestra atmósfera”. La singularidad de esta afirmación no desmiente el hecho de que ella fue considerada durante un tiempo como la postura más avanzada de la ciencia. Como tal, mereció réplicas bastante extensas de dos de los más notables científicos de América, Benjamin Franklin y Thomas Jefferson. En el caso de Jefferson, la mejor parte de su único libro, *Notas sobre el estado de Virginia*, consiste en una réplica detallada al creador de esta tesis y biólogo líder de la época, el conde de Buffon. El interés en refutar esta tesis por parte de Franklin y Jefferson iba más allá de la ciencia pura, alcanzando la política práctica. ¿Quién en Europa podría desear apoyar e invertir en los Estados Unidos, si América era considerada un continente moribundo?

Aunque Buffon fue su creador, el más conocido y fervoroso defensor de la tesis de la degeneración en la época fue Cornelius de Pauw, a quien Hamilton citó en relación con la alegación antes mencionada sobre la mudez canina. El estudio en tres volúmenes de Pauw sobre América, que fue considerado ampliamente como el libro acerca del tema, comienza con la observación de que “es un espectáculo grande y terrible ver a una mitad del globo tan desfavorecida por la naturaleza, hasta el punto de que todo lo que allí se encuentra es degenerado o monstruoso”. (La atribución de monstruosidad, aparentemente en tensión con la característica más general de la reducción, se concibió para ser aplicada a muchas de las especies inferiores tales como lagartos, serpientes, reptiles e insectos, dando lugar a una imagen aún más siniestra de América). Fue Pauw quien insistió también en la inevitabilidad de una degeneración activa y creciente en América, un punto sobre el cual Buffon fue ambiguo: tan pronto como los europeos desembarcaron de sus naves se inició en ellos el proceso de decadencia física y mental. En correspondencia, América nunca sería capaz de producir un sistema político o una cultura de algún mérito. Parafraseando una expresión de Pauw, el gran enciclopedista Abbé Raynal hizo célebre una opinión: “América todavía no ha producido un buen poeta, un matemático hábil, un hombre de genio en alguna de las artes o de las ciencias”.

Ilusiones racionalistas

La tesis de la degeneración no podría, al final, sostenerse ante las cuidadosas críticas empíricas de Franklin y Jefferson, las cuales demostraron que nada, al menos superficialmente, estaba degenerando en tan inusual proporción en América. La naturaleza, como Jefferson felizmente lo puntualizó, era la misma en ambos lados del Atlántico. Pero lo que sus alegatos podrían no haber refutado por completo era

la discusión respecto a la inferioridad de la calidad de vida y del sistema político de América. Precisamente esta pretensión descansa en el corazón del segundo estrato del pensamiento antiamericanista, desarrollada por una parte de los pensadores románticos en los inicios del siglo diecinueve. Estos pensadores situaban la degeneración—usando casi el mismo lenguaje—sobre un nuevo fundamento teórico, argumentando que ésta era resultado no de las influencias del medio ambiente físico, sino de las ideas intelectuales sobre las cuales Estados Unidos se había fundado. El antiamericanismo se convirtió ahora en lo que ha venido siendo desde entonces, una doctrina aplicable exclusivamente a los Estados Unidos y no a Canadá o a México o a cualquier otra nación del Nuevo Mundo. Muchos de quienes se quejan amargamente de que Estados Unidos se ha apropiado injustificadamente del nombre de América han permitido de modo complaciente nada menos que el antiamericanismo deba referirse sólo a Estados Unidos.

La interpretación romántica de América estaba parcialmente en deuda con la Revolución francesa, la cual inspiró aversión entre los filósofos conservadores, tales como Edmund Burke y Joseph de Maistre. La Revolución francesa era vista como un intento de rehacer las constituciones y las sociedades sobre la base de principios abstractos y universales de la naturaleza y la ciencia. Estados Unidos, como precursor de la Revolución francesa, a menudo fue involucrado en esta crítica. La declaración más importante de estos filósofos era que nada que fuese creado o formado bajo la guía de principios universales o con la ayuda de la ciencia racional—nada, para usar los términos de *The Federalist*, constituido principalmente por medio de “la reflexión y la elección”—resultaba consistente o podría durar por mucho tiempo. Joseph de Maistre llegó hasta el punto de negar la existencia del “hombre” o la “humanidad”, en el sentido en que lo expone la Declaración de Independencia cuando alega “todos los hombres son creados iguales”. De acuerdo a de Maistre, “No existe en este mundo tal cosa como el hombre; he visto en mi vida franceses, italianos y rusos. . . pero en cuanto al hombre, declaro que nunca he encontrado uno en mi vida; si existe, esto es totalmente sin mi conocimiento”. No sólo la Declaración de Independencia se apoyaba en premisas defectuosas, sino también la Constitución de Estados Unidos con su proposición de que los hombres podrían establecer un nuevo gobierno. “Todo lo que es nuevo en la Constitución [de América], todo lo que resulta de una deliberación común”, advertía de Maistre, “es la cosa más frágil en el mundo: no se podrían agrupar más síntomas de debilidad y decadencia”.

A principios del siglo diecinueve, América, en tanto la principal sociedad sobreviviente apoyada en la noción de naturaleza de la Ilustración, se convirtió en el fundamental objeto de interés de muchos pensadores románticos. En vez de la razón humana y la deliberación racional, los pensadores románticos ponían su confianza en el crecimiento orgánico de comunidades diferentes y separadas; ellos pusieron su confianza en la historia. Ahora bien, simplemente por sobrevivir -y no digamos ya que por prosperar- Estados Unidos había refutado las acusaciones sobre la fragilidad inherente a las sociedades fundadas con ayuda de la razón. Pero los románticos llegaron a la acusación de que la supervivencia de América se había producido a costa de todo lo hondo o profundo. Nada que se hubiera constituido sobre la delgada capa de terreno de los principios de la Ilustración podría sustentar una cultura genuina. El poeta Nikolaus Lenau, llamado en ocasiones el “Byron alemán”, aportó la síntesis clásica del pensamiento antiamericanista de los románticos: “Con la expresión *Bodenlosigkeit* [falta de raíces] creo que soy capaz de indicar el carácter general de todas las instituciones americanas; lo que llamamos Patria es aquí solamente un esquema del seguro de la propiedad”. En otras palabras, no hay una verdadera comunidad en América; no hay un verdadero volk. La cultura de América “no ha surgido orgánicamente desde dentro en ningún sentido”. Había sólo un obtuso materialismo: “El americano no sabe nada; él no busca sino dinero; no tiene ideas”. Entonces sigue la persistente imagen de Lenau, reminiscencia del retrato de América hecho por Pauw: “la verdadera tierra del confín, el límite exterior del hombre”.

Hasta la alardeada libertad de América era vista por muchos románticos como una ilusión. La sociedad americana era el retrato fiel de un conformismo moribundo. El gran poeta romántico Heinrich Heine dio expresión a este sentimiento: “Algunas veces viene a mi mente/Vender a América/A ese chiquero de libertad/Habitado por patanes viviendo en igualdad”. América, como Heine lo puso en su prosa escrita, era una “gigantesca prisión de libertad”, donde la “más vasta de todas las tiranías, la de las masas, ejerce su cruda autoridad”.

El espectro de la impureza racial

Un tercer estrato del pensamiento en el desenvolvimiento del antiamericanismo fue el resultado de la teoría racial, elaborada sistemáticamente por vez primera a mediados del siglo diecinueve. Comprender en nuestros días por qué este pensamiento puede calificarse como antiamericano requiere, por supuesto, que uno mismo pueda pensar en el contexto de otro período. El corazón de la teoría

racial era la idea de que las distintas razas humanas -entendiendo por raza no sólo los principales grupos de color, sino los diferentes subgrupos tales como arios, eslavos, latinos y judíos- están jerárquicamente ordenados en correspondencia con cualidades importantes, tales como la fuerza, la inteligencia y el coraje. Se decía que una mezcla de las razas era imposible, en el sentido de que esto no sustentaría la fecundidad biológica o que, si ésta fuese sostenible, resultaría en una nivelación de las cualidades generales de la especie, con la raza superior degradada como resultado de la confusa mezcla con las razas inferiores.

Arthur de Gobineau fue quien tuvo la mayor responsabilidad de elaborar una teoría acabada de la raza, siendo conocido hoy día como el padre del pensamiento racista. La obra en mil páginas de Gobineau, Tratado sobre la desigualdad en las razas humanas, se enfocó hacia el destino de los arios, a quienes él consideraba la más pura y superior de todas las razas. Su consideración era profundamente pesimista, ya que argumentaba que los arios se estaban dejando extinguir en Europa. América se convirtió en un foco importante de su análisis ya que, como él explicaba, muchos en la época abogaban por América como la Gran Esperanza Blanca, la nación en la cual los arios (anglosajones y nórdicos) podrían revitalizar sus reservas y restablecer su justa dominación en el mundo. Según esta opinión, mientras el principio formal de América fuese la democracia su verdadera constitución era la hegemonía racial anglosajona. Pero Gobineau estaba convencido de que esta esperanza era ilusoria. La idea universal de la igualdad natural en América, de hecho, promovía una democracia de la sangre, en la cual la auténtica idea de la “raza”, que venía a ser un término de distinción, se estaba evaporando. Europa estaba descargando sus razas de “basura” en América y éstas ya habían comenzado a mezclarse con los anglosajones.

Con una notable perspicacia, Gobineau previó el fenómeno de Tiger Woods. El resultado natural de la idea democrática, argumentó, era la amalgama. América estaba creando una nueva “raza” de hombre, la última raza, la raza humana -la cual no era para nada una raza. Gobineau modeló su sistema sobre la filosofía de la historia de Hegel, sustituyendo el Espíritu por la sangre como el motor activo del movimiento histórico. La eliminación de las razas marcaba el fin de la historia. Éste presentaba -y uno podría ver aquí, desde su punto de vista, el futuro de América- un lamentable espectáculo de criaturas de la “mayor mediocridad en todos los campos: mediocridad de la fuerza física, mediocridad de la belleza, mediocridad de las capacidades intelectuales -podríamos casi decir insignificantes”.

Las ideas racistas persistieron a lo largo del siglo diecinueve y afectaron a muchas de las ciencias sociales, especialmente a la antropología, una disciplina que permaneció tan traumatizada por sus orígenes que aún en nuestros días no puede abordar temas raciales sin caer en paroxismos de culpabilidad. El extremo del pensamiento racista en los principios del siglo veinte sirvió como fundamento del nazismo. Hoy, la esencia de la filosofía racista es rechazada, excepto por unos pocos elementos de la extrema derecha. Pero aún sus rezagos han procurado encontrar su camino, a menudo de modo inconsciente, en la subsecuente teorización sobre América. La izquierda europea antiamericana de hoy ha estado dividida en sus críticas de la raza en relación a América. Algunos siguen el análisis de Gobineau, aunque no las valoraciones, discutiendo que los principios universales, en la experiencia americana, cuando no han producido la brutal represión del “Otro” (los indígenas y los africanos), han nutrido la lisonja y la homogeneidad. Alternativamente, se ha dicho algunas veces que el proceso de fusión no está procediendo lo suficientemente rápido, especialmente en relación con los afroamericanos. América es morosa e hipócrita en su promesa de eliminar la raza como una base de la opinión social y política.

El imperio de la tecnología

El cuarto estrato en la constitución del antiamericanismo fue creado durante la era de la poderosa industrialización a fines del siglo diecinueve y principios del veinte. América era ahora asociada con un tipo de deformación diferente, esta vez en la dirección de lo gigantesco y desproporcionado. América era vista como el origen de las técnicas de la producción en masa y de los métodos y la mentalidad que apoyaban este sistema. Nietzsche fue un exponente temprano de esta opinión, exponiendo que América escenificó la reducción de todas las cosas a lo calculable en un esfuerzo por dominar y enriquecer: “La prisa jadeante con la cual ellos (los americanos) trabajan -el único distintivo del nuevo mundo- ya está empezando a infectar ferozmente a la vieja Europa y está esparciendo su vacuidad espiritual sobre el continente”. Mucho antes de las películas de Hollywood o de la música rap, la expansión de la cultura americana fue considerada como una forma de enfermedad. Su progreso en Europa parecía inevitable. “La fe de los americanos también se está convirtiendo en la fe de los europeos”, advirtió Nietzsche.

No obstante, fue uno de los discípulos de Nietzsche quien transformó la idea de América en una categoría abstracta. Arthur Moeller Van den Bruck, más conocido por haber popularizado la frase “El Tercer Reich”, propuso el concepto de

Amerikanertum (Americanidad), el cual debía ser “comprendido espiritualmente, no geográficamente”. La americanidad marca “el paso decisivo por el cual seguimos nuestro camino desde una dependencia de la tierra hacia el uso de la tierra, el paso que mecaniza y electrifica la materia inanimada y convierte los elementos del mundo en agentes útiles para el hombre”. Esto abarca una mentalidad de dominación, uso y explotación en una escala en expansión constante, o lo que vino a ser llamado la mentalidad del “tecnologismo” (die Technik): “En América todo es pieza de construcción, pragmatismo y el sistema nacional Taylor”. Otro autor, Paul Dehns, tituló de modo significativo un artículo, “La americanización del mundo”. La americanización era definida aquí en el “sentido económico” como la “modernización de los métodos de la industria, del intercambio y la agricultura, así también como de todas las áreas de la vida práctica” y en un sentido más amplio y general, como la “competencia ininterrumpida, exclusiva e implacable en busca de la ganancia, la riqueza y el poder”.

Ausencia de alma y consumismo rampante

El quinto y último estrato en la constitución del concepto de antiamericanismo -y el que más influye actualmente en el discurso contemporáneo sobre América- fue una creación del filósofo Martin Heidegger. Como sus predecesores en Alemania, Heidegger ofreció en una ocasión una definición técnica o filosófica sobre el concepto de americanismo, apartándolo, como si dijéramos, de los Estados Unidos. El americanismo es “la esencia todavía replegada y aún no colmada y completa de la emergente monstruosidad de los tiempos modernos”. Pero en este caso Heidegger estaba claramente menos interesado en las definiciones que en conformar un símbolo –alguno más vívido y humano que “tecnologismo”. En una palabra –y ésta era del propio Heidegger- América era katestrophenhaft, el lugar de la catástrofe.

En sus más tempranos y quizás mejor conocidos pasajes sobre América, Heidegger se hizo eco en 1935 de la opinión predominante según la cual Europa se encontraba en una posición “intermedia”:

“Europa yace en nuestros días cogida en una gran tenaza, exprimida entre Rusia de un lado y América del otro. Desde un punto de vista metafísico, Rusia y América vienen a ser lo mismo, con el mismo funesto frenesí tecnológico y la misma irrestricta organización del hombre promedio”.

Aún cuando los pensadores europeos, en tanto fundadores de la ciencia moderna, fueron responsables en gran medida de dicho proceso, Europa, bajo el empuje de la tradición, había logrado detener apenas su implementación. Era en América y Rusia que la idea de cantidad divorciada de la cualidad se había impuesto y desarrollado, como Heidegger lo indica, “en un ilimitado etcétera de indiferencia y permanente igualdad”. El resultado en ambos países era “una fiereza activa que destruye todo rango y todo impulso creador del mundo... Esta es la fiereza de lo que llamamos lo demoníaco, en el sentido de la maldad destructiva”.

América y la Unión Soviética constituían, se podría decir, el eje del mal. Pero América, según la opinión de Heidegger, representaba la más significativa y mayor amenaza, ya que “el bolchevismo es sólo una variante de americanismo”. En una especie de apertura a la izquierda después de la Segunda Guerra Mundial, Heidegger habló de entrar en un “diálogo” con el marxismo, el cual era posible debido a su sensibilidad a la idea general de la historia. Un encuentro similar con el americanismo estaba fuera de lugar, en tanto América carecía de un sentido genuino de la historia. El americanismo era “la forma más peligrosa de ilimitación, debido a que ésta se presenta en un modo de vida propio de la clase media mezclado con el cristianismo, y todo esto en una atmósfera que carece por completo de todo sentido de la historia”. Cuando los Estados Unidos declaran la guerra a Alemania, Heidegger escribe: “Sabemos ahora que el mundo anglosajón del americanismo está decidido a destruir a Europa... La entrada de América en esta guerra mundial no es una entrada a la historia, sino que es ya el último acto americano de la ausencia americana de sentido histórico”.

Al crear este símbolo de América, Heidegger manipuló la inclusión en éste de muchos de los problemas o dolencias de los tiempos modernos, desde el ascenso de la comunicación global instantánea hasta la indiferencia respecto al medio ambiente y la reducción de la cultura al interés por el consumo. Él estaba especialmente interesado por el consumismo, al que consideraba un emblema del espíritu de su época: “El consumo por el gusto del consumo es el único procedimiento que caracteriza distintivamente la historia de un mundo que se ha convertido en inmundo... En nuestros días, ser significa ser reemplazable”. América era el hogar de esta forma de pensamiento; era la auténtica encarnación del reino de lo artificial, promoviendo la absorción de lo único y auténtico por lo uniforme y lo estándar. Heidegger citaba un pasaje del poeta alemán Rainer María Rilke;

“Ahora están surgiendo desde América cosas puramente indiferenciadas, simples cosas aparentes, artículos ficticios. Una casa en el sentido americano, una manzana americana o un vino americano no tienen nada en común con la casa, la fruta o la uva que fueron adoptados en las esperanzas y pensamientos de nuestros antepasados”.

Siguiendo a Nietzsche, Heidegger retrató a América como una fuerza invasiva apoderándose del alma de Europa, socavando su profundidad y su espíritu: “La rendición de la esencia alemana al americanismo ha ido ya tan lejos como para producir el efecto desastroso de que Alemania se siente realmente avergonzada de que su pueblo fuese una vez considerado ‘el pueblo de la poesía y el pensamiento’”. Europa estaba casi muerta, pero no totalmente. Esto podría ponerla aún en la posición de estar lista para recibir lo que Heidegger llamaba “el Acontecimiento”, pero sólo si era capaz de invocar la fuerza interior para rechazar el americanismo y empujarlo de regreso al otro hemisferio.

Las opiniones políticas de Heidegger son en nuestros días comúnmente deploradas debido a su temprano y abierto apoyo al nazismo, y muchos suponen que su influencia sobre el pensamiento político posterior en Europa ha sido escasa. Nada podría ser más lejano de la verdad. Las principales ideas de Heidegger eran lo suficientemente maleables como para que con algo de remiendo pudieran ser fácilmente adoptadas por la izquierda. Después de la guerra, el pensamiento de Heidegger, desmochado de su nacionalsocialismo, pero fortalecido en su antiamericanismo, fue adoptado por muchos en la izquierda, a menudo sin que le fuese atribuido a éste. A través de los escritos de pensadores como Jean Paul Sartre, el “heideggerianismo” contrajo nupcias con el comunismo, y esta molesta pareja se convirtió en el corazón de la izquierda intelectual en Europa para la generación siguiente. Los partidos comunistas, para sus propios propósitos obvios, se apoderaron del arma del antiamericanismo. Lo emplearon con tal frecuencia y eficacia que ampliamente llegó a ser considerado como una creación del comunismo que podría disiparse si eventualmente el comunismo feneciera. El colapso del comunismo ha servido, por el contrario, para revelar la verdadera fuerza y profundidad del antiamericanismo. Divorciado del comunismo, el cual le proporcionó cierto vigor pero también puso límites sobre su utilización, el antiamericanismo ha fortalecido su camino más que nunca antes en la corriente del pensamiento europeo.

Sólo una garra de la infame pinza heideggeriana subsiste ahora, una sola fuerza amenazando a Europa. Si una vez Europa encontró su identidad estando “en el medio” (o como “tercera fuerza”), hoy muchos aducen que ella deberá encontrar

su identidad convirtiéndose en el “polo de oposición” frente a América (y en el líder de una “segunda fuerza”). Emmanuel Todd desenvuelve esta lógica en su libro, argumentando que Europa deberá reagrupar una nueva “Entente” con Rusia y Japón, la cual podría servir como fuerza de contención al imperio americano.

¿Verdadero choque de civilizaciones?

Hay una gran necesidad en nuestros días de que tanto los europeos como los americanos comprendan el desenvolvimiento de esta poderosa doctrina del antiamericanismo. En la medida en que su influencia subsiste, la discusión racional de las diferencias prácticas entre América y Europa se hace más y más difícil. En lugar de abordar estos asuntos y las propuestas según sus ventajas, los comentaristas tienden a razonar partiendo de las conclusiones a los hechos, más bien que de los hechos a las conclusiones. Los argumentos, no importa cuán razonables parezcan en la superficie, se exponen para promover o confirmar el preexistente concepto de América construido por Heidegger y otros. En el pasado, los líderes políticos europeos tenían poderosas razones para oponerse a este enfoque. Intereses prácticos tales como las alianzas, los lazos y contactos personales forjados con los oficiales americanos; las relaciones comerciales y el temor al comunismo trabajaron para desalentar al antiamericanismo. Pero últimamente los líderes europeos han estado tentados de usar el antiamericanismo como una vía fácil para cortejar el favor del público, especialmente de los intelectuales y de las elites de los medios de comunicación. Esto, desafortunadamente, ha propiciado un nuevo nivel de legitimidad al dogma del antiamericanismo.

El antiamericanismo no sólo hace imposible la discusión racional, sino que amenaza la idea de una comunidad de intereses entre Europa y América. De acuerdo con las opiniones más extendidas del antiamericanismo, no hay una comunidad de intereses entre los dos lados del Atlántico debido a que América es un lugar diferente y ajeno. Para “probar” este punto sin tener que recurrir a valoraciones tan sobrecargadas como la “degeneración” o el “lugar de la catástrofe”, los proponentes emplean las diferencias que existen entre Europa y América con un grado de significación fuera de toda proporción en su verdadero peso. Ciertamente, los europeos gastan más en el bienestar social que los americanos, y los europeos han eliminado la pena capital mientras que muchos estados de América todavía la emplean. Pero al escuchar la forma en que estos hechos se discuten, uno podría pensar que ellos corresponden a civilizaciones diferentes. Esta clase de análisis llega tan lejos como para poner incluso en cuestión la comunidad de la democracia.

Desde que la democracia es ahora incuestionablemente considerada como una cosa buena -no importa, por supuesto, que tal adhesión a la democracia constituya argumentadamente el ejemplo más importante de la americanización-, América no puede ser una democracia auténtica. Y así se dice que el capitalismo americano hace una burla de la idea de la igualdad, o que la baja tasa de participación en el voto descalifica a América para estar en el campo de los estados democráticos.

Reparando la brecha

Difícilmente cualquier persona razonable podría rechazar hoy la seriedad de muchos de los retos que se han originado contra la “modernidad”. Tampoco ninguna persona razonable podría negar que América, como una de las naciones más modernas y poderosas, ha sido el origen efectivo de muchas de las tendencias de la modernidad, que inevitablemente adopta una forma americana. Pero es posible reconocer todo esto sin identificar la modernidad con un solo pueblo o lugar, como si los problemas de la modernidad fuesen puramente americanos en su origen o como si sólo los europeos, y no los americanos, hubiesen estado luchando con la cuestión de cómo tratar con ellos. El antiamericanismo se ha convertido en el modo en que las personas perezosas tratan estos asuntos. Esto les permite usar esta etiqueta para evitar afrontar algunas de las cuestiones más difíciles que sus propios análisis exigen que sean abordadas. Para proporcionar sólo un ejemplo notable, América es criticada regularmente por ser demasiado moderna (por ejemplo, ha desarrollado la “comida rápida”), excepto cuando es criticada por no ser suficientemente moderna (una gran parte de la población es todavía religiosa).

Un diálogo genuino entre América y Europa será posible sólo cuando los europeos comiencen el largo y arduo proceso de liberarse a sí mismos de la garra del antiamericanismo –proceso que afortunadamente algunos valientes intelectuales europeos ya han acometido. Pero también es importante para los americanos no caer en el error de usar el antiamericanismo como excusa para ignorar todas las críticas hechas a su país. Esta tentación es más frecuente entre los intelectuales conservadores que entre los liberales, quienes tradicionalmente otorgaron un gran respeto a los argumentos de los pensadores antiamericanos. Muchos comentarios conservadores recientes se han apresurado a rechazar los retos del pensamiento estratégico común americano y a atribuirles inmediatamente, sin suficiente análisis, los peores elementos encontrados en el saco del antiamericanismo, desde el antitecnologismo hasta el antisemitismo. Sería más que irónico -sería trágico- si al combatir el antiamericanismo, llegáramos a abrazar una ideología del antieuropeísmo.